

EN MEMORIA DEL
DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO*



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 42.

En su toma de posesión, celebrada el día 27-01-2016, pronunció el discurso de ingreso: *Intelectuales andaluces en el Madrid del primer tercio del siglo XX*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=271>

* Sesión en memoria del Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio celebrada en la Real Academia de Doctores de España el 11-2-2026. <https://www.rade.es/pagina.php?item=1987>

EDUARDO MARTÍNEZ VIQUEIRA

Académico Correspondiente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España

edumarviq@movistar.es

HOMENAJE AL DOCTOR CUENCA TORIBIO, ESE GRAN MAESTRO

Quiero expresar, en primer lugar, mi agradecimiento por haber contado conmigo para participar, junto a otros ponentes, en esta sesión *in memoriam*, que nos reúne hoy para rendir un emocionado y sentido homenaje a nuestro querido profesor, académico de número de la Sección de Humanidades de esta Real Academia de Doctores, el Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio.

Este agradecimiento es, sobre todo, porque cualquiera de los ponentes que hoy nos acompañan en la mesa puede considerarse mucho más cercano a la enorme figura del profesor Cuenca. Le han tratado durante largos años, y podrán referirse a él con mucha más precisión y conocimiento ante este auditorio, con presencia de su viuda, hijos y algunos de sus nietos, entre otros miembros de la familia, a quienes saludo de forma especial. Por mi parte, podría disculparme con un tópico recurrente, del tipo «ya está todo dicho sobre la figura del doctor Cuenca», tras haber escuchado a quienes me han precedido en el uso de la palabra y previendo las intervenciones de quienes me sucederán, incluido su hijo Alfonso, sentado junto a mí.

En este sentido y por estas razones, es cierto que no me corresponde a mí glosar el extensísimo currículum del que era, hasta ahora, el decano de los historiadores españoles, y uno de sus más eminentes representantes en las últimas décadas; ni he sido testigo de su trayectoria académica, investigadora y humana, hasta este último periodo de su vida, en que con tanta ilusión se implicó en las actividades de esta Real Academia de Doctores. No obstante, también puedo afirmar que, en cuanto a mí, sí queda una parte importante por decir. Porque el valor de mi visión de la figura del doctor Cuenca radica, precisamente, en ese trato en el último periodo de su vida, en los últimos siete años, desde que tuve la enorme suerte de conocerle y empezar a tratarle. Y es ahí donde, a mi entender, se hace más grande aún la figura del personaje. Para quien ha alcanzado las más altas cotas de la excelencia intelectual y académica, con centenares de publicaciones, no resulta siempre fácil ajustar el foco hacia lo pequeño, poniendo de manifiesto una gran generosidad y humildad. Eso solo está al alcance de las grandes personas.

Conocí a D. José Manuel Cuenca Toribio en noviembre de 2018, pues era uno de los cinco miembros del tribunal examinador de mi tesis doctoral, que fue defendida en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. El profesor Cuenca había aceptado entonces, de buen grado, formar parte de aquel tribunal, cuando así se lo sugirió el Dr. D. Emilio de Diego, director de mi tesis, también académico de número de la Sección de Humanidades de esta Corporación y gran amigo del doctor Cuenca. Ambos, me honraron desde entonces con su sincera amistad.

Pero no solo quedó el recuerdo de aquella actividad académica, ni de otros encuentros esporádicos e informales durante las temporadas que pasaba en Madrid. Con enorme interés y cariño, el Dr. Cuenca promovió de forma incansable mi aceptación como académico correspondiente de esta Academia, con el apoyo del Dr. De Diego, entonces presidente de la Sección. Es de esas ocasiones en que alguien cree en ti, más y mejor que tú mismo, y eso sin apenas haberme tratado más que en contadas ocasiones. Llegado el momento, recuerdo cómo, con gran ilusión, el doctor Cuenca hizo la presentación de mi discurso de ingreso en la RADE, en esta misma sala, un 11 de enero de 2023.

Lamentablemente, no tuve muchas oportunidades de disfrutar de las actividades académicas del profesor Cuenca. Sí asistí a las conferencias que impartió en las sesiones organizadas por esta Academia de Doctores, que resultaban ser un auténtico alarde de erudición, de capacidad intelectual, de visión histórica y hasta de una extraordinaria memoria. Era capaz de pronunciar una conferencia de más de una hora sin tener a mano ni un solo apunte, sin repetir conceptos y con total precisión. De su cabeza bullían las ideas, los argumentos, las razones profundas de cada suceso, el riguroso análisis de cada episodio histórico, con el dibujo preciso de cada personaje.

Una de las conferencias más memorable que recuerdo fue la pronunciada por el doctor Cuenca con ocasión del centenario del fallecimiento de Benito Pérez Galdós, en 2020. Con un sugerente título, discurría sobre la vida madrileña, durante casi sesenta años, del genial novelista y nuestro máximo representante del Realismo en la literatura universal. A través de lo que se conoce como el Madrid *galdosiano*, el doctor Cuenca llevaba a los asistentes de la mano recorriendo todos los rincones de aquel Madrid a caballo entre dos siglos, de forma que te podías asomar a cada calle, cada taberna, cada uno de sus pintorescos personajes, de sus escenas costumbristas, de sus acaloradas tertulias.

D. José Manuel Cuenca era enormemente entrañable y cercano. Cuando venía a Madrid, solía llamarme para quedar a tomar un café y charlar. Nada de *Whatsapp*. Llamadas por teléfono llenas de expresiones de cortesía y de amistad sincera, invariablemente.

Por supuesto, nos tratábamos siempre de usted, y con el *don* por delante, para llamarnos por nuestros nombres. Creo que fue el genial Jorge Luis Borges, de quien son bien conocidas sus frases, y aun poemas, con exaltación de la auténtica amistad, quien decía algo así como «*no permitamos que el dejar de tratarnos de usted estropee nuestra amistad*». O Gabo García-Márquez que, en sus memorias, decía: «*No nos tuteábamos, por la rara costumbre colombiana de tutearse desde el primer saludo y pasar al usted sólo cuando se logra una mayor confianza, como entre esposos*». Pues así me sentía yo. Honradísimo de ser tratado como D. Eduardo por quien tanto admiraba.

Casi siempre quedábamos en la cafetería VIPS de Julián Romea, que fue el primer establecimiento de esta cadena que se estableció en Madrid y que, desafortunadamente, ha cerrado sus puertas definitivamente hace unas semanas. Parece que las circunstancias se unieron para que aquel establecimiento solo se permitiera finalizar su actividad, una vez que nos dejó D. José Manuel. Nunca antes. De hecho, la última vez que visité ese local fue en una de nuestras citas. Era nuestro sitio. Cuando quedábamos, yo procuraba ser puntual, porque sabía que era la puntualidad una de las muchas virtudes del profesor Cuenca. Pero cuando llegaba al local, él siempre estaba allí, antes de la hora, y casi siempre en la misma mesa. Tan era así, que en ocasiones sucesivas procuré adelantarme para llegar antes que él. Todo inútil. Él siempre estaba ahí antes. En la misma mesa. Frente a su café.

El doctor Cuenca era un gran conversador. Podía hablar con autoridad de cualquier tema, aunque nunca daba la impresión de parecer saber más que nadie. Estaba muy al tanto de la actualidad, y me hacía partícipe de todo lo que le preocupaba. Sobre todo, al principio, me regalaba alguno de sus libros, siempre con una cariñosa dedicatoria. También hablaba de su familia con pasión, y su cercanía humana se manifestaba con una especial sensibilidad hacia todas las personas de su entorno, ni siquiera el más cercano, si veía que estaban necesitadas de algún tipo de auxilio o ayuda; o, simplemente, que percibía la oportunidad de ayudarles de alguna forma. Porque esa especial sensibilidad le llevaba a detectar cuándo alguien necesitaba ayuda.

Cuando terminábamos nuestra charla -D. José Manuel hacía tiempo que había terminado su café, antes que yo-, abonábamos nuestra consumición y salíamos al exterior. Cada vez se apoyaba más en mi brazo, del que se fiaba tanto como de su bastón. Ya en la calle, sobre todo en el último periodo, caminábamos cogidos del brazo, despacio. Solo al final, comenzó a acudir un cuidador a la entrada del establecimiento para ayudarle a caminar y regresar a casa. Yo le acompañaba hasta el paso de peatones del Paseo de San Francisco de Sales. Allí, intentaba cruzar con él hasta el otro lado de la calle, pero nunca me dejaba. Era el punto de nuestra despedida. Entonces, le veía cruzar lento, frágil, con el único apoyo de su bastón, pero con la absoluta dignidad de quien lo ha sido todo. Cuando le veía alejarse, pensaba de nuevo en su capacidad para hacerse tan humano, para enfocar hacia lo cercano, lo pequeño. Entonces, mi admiración por él era aún mayor, porque veía agigantarse su figura.

Esa era la grandeza de D. José Manuel Cuenca. Un hombre cargado de virtudes humanas que ya no necesitó de aquel bastón para entrar en el Cielo. Descanse en paz, querido maestro.